

Discurso durante la entrega de la acreditación a la UCA 14 de diciembre de 2007

José María Tojeira*

Cuando nos acreditamos por primera vez, reflexionábamos sobre la calidad universitaria. Hoy me centraré en uno de sus presupuestos fundamentales: la investigación. Desde los inicios de la vida universitaria, la investigación estuvo presente. Fue un elemento fundacional. La universidad nace, en efecto, como lugar de cultivo del saber. La constituyen personas con profundo sentido de cuerpo unificadas por su ansia de un saber universal y por la búsqueda de la verdad en sus expresiones históricas. Y es precisamente esa vocación hacia el conocimiento universal la que lleva a las nuevas instituciones a solicitar su aprobación y su libertad a quienes consideraban poderes universales: el Imperio, como poder temporal, o el Papa, como poder espiritual.

La universidad no nace como centro de profesionalización, sino como centro de cultivo del saber. Y al considerar ese saber como patrimonio de todos, como medio ideal de acercamiento entre personas y sociedades, se rompen las barreras locales. Los colegios, primer nombre de las residencias universitarias, y simultáneamente centros de estudio, eliminan las diferencias entre ricos y pobres, laicos y clérigos, de un país o de otro, e inician una nueva manera de concebir el poder y la organización social. Ese afán de saber amplía el concepto de humanidad y de igualdad entre personas. Frente al Imperio, construido sobre el poder físico, o el sacerdocio, construido sobre el poder espiritual, la universidad propone el conocimiento como un nuevo poder racional que tiene también su palabra a la hora de construir convivencia social. Racionalidad como cultivo autónomo del saber que se rige a sí mismo desde las necesidades cambiantes de la sociedad y desde los propios avances en el campo del conocimiento.

La relativa decadencia que se da en el mundo universitario a partir del Renacimiento tiene sus raíces precisamente en el choque entre la autonomía del conocimiento y los deseos de control de las instituciones educativas. Las luchas entre ortodoxias y heterodoxias, las guerras y los nacionalismos emergentes, la dependencia de monarcas absolutistas, dañó severamente la autonomía y libertad de la universidad, así como su vocación de servir a la verdad de un modo abierto y universal. Los gobiernos centralistas de las monarquías absolutas ven en las universidades una fuente de poder, y la ponen a su servicio para

* Rector de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" (UCA).

formar y profesionalizar a sus propias burocracias. Así, la universidad pierde capacidad de investigar, se separa del mundo de los pobres, y queda en una dependencia dañina y prolongada de poderes políticos excesivamente autoritarios y centrados en sus propios dinamos de poder. Una lección histórica que debemos tener siempre en cuenta y que nos debe llevar a defender la autonomía y libertad universitaria. Con razón Kant decía, al discurrir sobre La paz perpetua y en parte haciendo una especie de resumen de la experiencia histórica universitaria, que “no es de esperar, ni tampoco deseable, que los reyes empiecen a filosofar, o que los filósofos se conviertan en reyes; ya que la fuerza perjudica inevitablemente el libre juicio de la razón”¹.

El resurgimiento de las universidades se debe en buena parte a la renovación de su autonomía. Y una autonomía que no podemos identificar simplemente con la libertad de cátedra, sino con esa tarea de plantearse con independencia, y ante la realidad de cada época histórica, su misión, sus campos de investigación, su incidencia en la realidad circundante. Tarea de búsqueda y de enamorarse de nuevo del saber, de perseguir incansablemente la verdad, de convertir el conocimiento, parafraseando al poeta, en “un arma cargada de futuro”. Autonomía en definitiva que trata de convertir una vez más el amor al saber en una fuerza transformadora y reordenadora de la convivencia social. Con razón decía Norberto Bobbio que “la primera tarea de los intelectuales debería ser la de impedir que el monopolio de la fuerza se convierta en el monopolio también de la verdad”². Pues el ejercicio intelectual no puede realizarse supeditándose al poder de la política, del mercado o de cualquier otra fuerza que no sea la del afán y cultivo comunitario del saber.

En países como los nuestros, la investigación debe centrarse en todo aquello que conduce a la transformación de las estructuras que posibilitan cualquier tipo de injusticia o exclusión. Reflexión y crítica, ciencia y tecnologías adecuadas, prospección de futuro y medición de relaciones sociales, etc., son indispensables, tratando siempre de reconvertir lo que estudiamos en instrumento de cohesión social y desarrollo equitativo.

La autonomía, de esta manera, solo tiene sentido si se la vincula con la investigación. Pero con una investigación que se centre en la realidad del propio país y descubra las pistas y los caminos que lo pueden llevar a una verdadera transformación. Sin este tipo de investigación amplia, capaz de presionar e incluso forzar a ese tránsito que va de la injusticia a la justicia, de la exclusión a la inclusión, del desarrollo desigual al desarrollo humano compartido, ni la universidad ni la autonomía acaban teniendo sentido. Una universidad que centrara la autonomía en la simple libertad de cátedra puesta al servicio de tareas meramente profesionalizantes acabaría sirviendo a los intereses dominantes. Puede acabar, como decía un colega jesuita, rector de nuestra pariente, también UCA, de Nicaragua, “formando excelentes profesionales al servicio de sociedades fracasadas”. Aportar excelencia profesional es importante y necesario. Pero si la universidad no es al mismo tiempo guía de cómo el saber contribuye

a una convivencia en justicia y dignidad, puede incluso —en el peor de los casos, claro está— aumentar la barbarie humana.

1. Kant, I., *La paz perpetua*, Madrid: Aguilar, 1967, p. 91.

2. Bobbio, N., *La duda y la elección. Intelectuales y poder en la sociedad contemporánea*, Barcelona: Paidós, 1998, p. 72.

Esta tarea de crear autonomía universitaria centrada en la capacidad de investigación orientada a lo público, a la ciudadanía y a la construcción de la dignidad humana, se encuentra hoy en Centroamérica con serios problemas. Hay dificultades de comprensión en torno al papel que la universidad debe jugar ante la realidad nacional y centroamericana. Se dan problemas de presupuesto en el campo de la investigación, y con frecuencia la misma posición de las universidades no es clara frente a la ciencia, a pesar de que el cultivo de la misma es su cometido más originario. Pero, además, la investigación no ha sido una prioridad de nuestros Estados. No hace mucho la Asamblea Legislativa otorgaba para investigación un presupuesto de 10 dólares a la Universidad de El Salvador. Aunque el sinsentido se corrigió, la inconsciencia y el bajo apoyo de nuestra sociedad política quedaron patentes hasta la actualidad. La empresa privada —aunque hay honrosas excepciones, y algunas señales de que empieza a cambiar su modo de acercarse al mundo universitario— tampoco ha valorado la investigación ni ha sabido promoverla. Razones ideológicas, falta de visión, desconocimiento y desconfianzas mutuas alejaron a dos instituciones que deberían caminar con mayor sintonía y diálogo a la hora de construir nuevos modelos de convivencia en valores solidarios.

El mundo en que vivimos presenta también tendencias que dañan la investigación tal y como la entendemos. La comercialización de la vida tiende a aislar al mundo universitario del cultivo gratuito del saber. El crecimiento del sector privado universitario, una buena parte de él con aspiraciones comerciales, ha sido acelerado en la región y ha contribuido a la competencia por elaborar programas de profesionalización abaratados. Los mismos Tratados de Libre Comercio, que en general incluyen la educación superior como parte del comercio de servicios, no nos preparan ni para aprovechar sus posibles ventajas ni para regular la presencia de instituciones de escasa o desconocida calidad al interior de nuestros países. Y, ciertamente, no sería justo ni provechoso para El Salvador, ni para Centroamérica, que la corriente del comercio de servicios suplantara o supeditara a las exigencias del mercado los valores de ese bien público que es la educación superior.

Desde este panorama problemático y desde esta realidad centroamericana en la que la inequidad abunda, debemos las universidades hacer nuestros propios planteamientos de investigación enraizados en las necesidades de nuestros países y de sus mayorías populares, e insertarlos en nuestra propia estructura y modo de funcionar. Con conciencia clara de que la investigación no es solo el modo propio de la universidad de involucrarse en la búsqueda de la verdad, sino que implica además una dimensión moral y una responsabilidad social. En países como los nuestros, con profundas divisiones socioeconómicas y culturales, la investigación debe centrarse en todo aquello que conduce a la transformación de las estructuras que posibilitan cualquier tipo de injusticia o exclusión. Reflexión y crítica, ciencia y tecnologías adecuadas, prospección de futuro y medición de relaciones sociales, estudios de opinión, distribuciones del ingreso, etc., son indispensables, tratando siempre de reconvertir lo que estudiamos en instrumento de cohesión social y desarrollo equitativo. Investigación rigurosa que prevenga el peligro anunciado ya hace tiempo por Ortega y Gasset: tenemos el riesgo, decía, de ser “más sensibles que precisos”,

olvidando que “no basta la curiosidad para ir hacia las cosas: hace falta rigor mental para hacernos dueños de ellas”³.

La famosa frase de San Agustín, citada por Zubiri al recibir un premio a la investigación, sigue teniendo vigencia en nuestro mundo universitario: “Busquemos como buscan los que aún no han encontrado, y encontremos como encuentran los que aún han de buscar”. La investigación debe responder siempre a las verdades más profundas y más innegables de la existencia humana: la igual dignidad de las personas, su capacidad de autonomía y libertad, su indispensable necesidad de solidaridad. Desafío difícil tanto por la magnitud de sus fines como por lo necesariamente inacabado y siempre mejorable de las estructuraciones humanas en torno a estos valores. Pero llamada también al trabajo interdisciplinar, pues sólo desde las diversas visiones de los problemas complejos y desde el diálogo de las diversas ciencias y disciplinas entre sí, se puede llegar a propuestas acertadas y transformadoras.

La institución universitaria o toca hoy los grandes problemas del desarrollo, y por consiguiente de nuestros propios y problemáticos frenos, o se dejará envolver en una serie de procesos no universitarios que a la larga acabarán pervirtiendo esa naturaleza fundamental de verdaderos amantes y cultivadores del saber.

De nada sirven nuevas tecnologías si no hay cultura organizacional que les saque el máximo rendimiento. Poco aprovechan las visiones críticas si no contamos con opciones viables de realización de cambios. Nunca serán símbolos de transformación nuestros sueños si no sabemos compartir la vida. Enfrentar juntos la globalización del conocimiento impone juntar recursos, trabajar al unisono, dejar de lado la diferencia entre universidad pública y universidad privada, y unificar esfuerzos en torno a la vocación pública de la propia esencia universitaria.

La acreditación, a mi juicio, debe impulsarnos a todos a este quehacer que llamamos vida universitaria, tan profundamente implicada en la investigación, en el cultivo del saber y en la utilización del conocimiento como una fuerza que apunta hacia la solidaridad y la justicia. La vocación pública de la Universidad, aunque sea de gestión privada, debe ser un factor importante en los procesos de acreditación centroamericanos. Porque solo desde esa vocación pública daremos el salto de calidad hacia un saber que incida realmente en nuestros países. Y solamente desde ahí pondremos todo el peso institucional de la universidad al servicio del desarrollo humano integral en nuestros países. Porque la institución universitaria, o toca hoy los grandes problemas del desarrollo, y por consiguiente de nuestros propios y problemáticos frenos, o se dejará envolver en una serie de procesos no universitarios que a la larga acabarán pervirtiendo esa naturaleza fundamental de verdaderos amantes y cultivadores del saber. Tener la capacidad de propuesta para un desarrollo justo no se improvisa, y no son muchas las instituciones que lo puedan hacer. Como decía Ignacio Ellacuría:

El tema fundamental de la investigación [...] es la realidad nacional, en cuanto necesita y puede ser transformada. Nadie debería conocer mejor la realidad nacional que nosotros, porque para ello la [...] [Universidad] está en óptimas condiciones

3. Ortega y Gasset, J., “Carta a un joven argentino que estudia filosofía”, *El Espectador*, Madrid: Taurus, 2005.

ideales para conseguirlo. Mediante el cultivo racional y científico de esa realidad, se pretende conocerla mejor y crear alternativas teóricas viables, que otros habrán de realizar.⁴

En pleno Renacimiento, Fray Luis de León, hombre culto en su época y catedrático universitario, ansiaba liberarse de las cadenas de este mundo para contemplar el porqué de los misterios de la tierra desde el cielo. Decía:

Veré las inmortales
columnas dó la tierra está fundada
las lindes y señales
con que a la mar hinchada
la Providencia tiene aprisionada.

Por qué tiembla la tierra:
por qué las hondas mares se embravecen:
dó sale a mover guerra
el cierzo: y por qué crecen
las aguas del océano y decrecen:

De dó manan las fuentes:
quién ceba, y quién bastece de los ríos
las perpetuas corrientes:
de los helados fríos
veré las causas, y de los estíos.

Las soberanas aguas
del aire en la región quién las sostiene:
de los rayos las fraguas:
dó los tesoros tiene
de nieve Dios: y el trueno dónde viene.⁵

Hoy, contestadas esas preguntas por la ciencia, seguimos con fuertes interrogantes y preocupaciones sobre el desarrollo, la justicia, la pobreza, las migraciones, el uso de la tecnología, la utilización adecuada de energías no renovables, la búsqueda de energías renovables y limpias, la protección del medioambiente, el cuidado de la vida, el fortalecimiento institucional, la ética ciudadana, el empleo digno, la seguridad de las personas, la violencia, los derechos humanos y un largo etcétera. La universidad debe buscar respuestas, proponer soluciones, investigar las posibilidades creativas de las personas y de la realidad, impulsar en definitiva un desarrollo humano donde la inclusión, la dignidad humana, la libertad y la solidaridad brillen con nuevo resplandor. Acreditarse como universidad es para nosotros parte de ese compromiso. Muchas gracias.

4. Ellacuría, I., *Escritos universitarios*, San Salvador: UCA Editores, 1999, p. 129.

5. De León, L., *Oda X. A Felipe Ruiz* (grafía del original adaptada).